

sos escritores, delicioso sitio en que él mismo, secretario de la Academia de las ciencias, asociado por decirlo así al imperio de Voltaire, contaba con tantos amigos y casi con cortesanos. Casi todos habían desaparecido. Quedaba solo la casa del *Petit Menage*, con este nombre designaban el matrimonio Suard. Verdadera miniatura por su talla y espíritu, Suard y su esposa dedicábanse á escribir artículos por encargo de los ministros y novelas sentimentales. Nadie logró arreglarse mejor



AMAR

vida. Los dos eran muy estimados y muy considerados. Suard murió siendo censor real.

Allí estaban los dos cuando el solitario Condorcet, el fatigado proscripito, se les apareció de improviso. ¿Qué ocurrió entonces? Se ignora.

Condorcet pasó la noche en los bosques, pero la marcha llegó á extenuarlo. Un hombre sentado durante todo un año y lanzado después en una marcha sin reposo debía sentirse sin alientos muy pronto. Le fué forzoso penetrar en una taberna de Clamart donde comió ávidamente leyendo para sostener su alma al poeta romano. El libro, sus manos blancas, su aspecto, todo le denunciaba. Los campesinos que bebían en aquella casa (el comité revolucionario de Clamart) observaron muy pronto que allí había un enemigo de la República y preten-

dieron llevárselo. La dificultad estaba en que no podía dar un paso. Tenía los pies destrozados. Lo colocaron sobre un miserable rocín de un viñador que pasaba.

Y en esta guisa penetró en la cárcel de Bourg-la-Reine el ilustre representante del siglo XVIII. Condorcet evitó á la República la vergüenza, el deshonor del parricidio, del crimen de arrancar la vida al último de los filósofos, sin los cuales no hubiera existido.



BOISSY-D'ANGLAS

Cayeron dos revoluciones, murieron dos siglos en dos hombres: el XVIII en Condorcet, el XIX en Lavoisier.

El primero cerró la época de la polémica, de la discusión; el segundo abrió la edad nueva de la creación de la ciencia, la que descubrió no solo el seno de la naturaleza, sino que hizo del hombre una segunda creación.

Cayó después la Comuna, con Chaumette, desapareciendo una fuerza popular que por lo menos durante un año había fecundado la Revolución.

A pesar de todos estos sucesos París parecía engendrar un nuevo mundo.

Quienes no han nacido en París no pueden darse una idea exacta de este punto central del globo, donde se funden los ideales; se transforman, penetrando corrientes magnéticas en el soberano misterio del espíritu.

Nada caracteriza tanto á Anacarsis Clootz como su simpatía profunda por París, su amor por la Comuna, en la que reconocía al precursor del género humano, al mensajero de la nueva Revolución.

Tenía fe en esta Revolución, una fe profunda en un próximo cambio de carácter social operado por la fuerza, por el empuje del pueblo, y por esto contestó en cierta ocasión á Desmoulins: «Sigamos siempre á la santa *sans-culotterie*.»

El alemán Clootz, por un noble esfuerzo propio del panteísmo libre de toda escolástica, deseaba materializar sus creencias para asimilarse la materia viviente, aplicándola á su espíritu.

El apóstol Chaumette en sí era poca cosa, pero representaba mucho como fetiche de París. Era indiscutiblemente un fetiche; como San Javier para los *lazzaroni* de Nápoles, podía ser batido ó adorado, pero no se le podía reemplazar.

Robespierre reemplazó á Chaumette por un hombre de mucho mérito, de fogoso espíritu, el meridional Payan. Todo fué inútil. El pueblo no puso más los pies en el Hotel de Ville. La muchedumbre decididamente había tomado otros rumbos.

Nada ni nadie pudo reemplazar á la antigua Comuna, Pache, Hebert, Chaumette. Hebert mismo era popular, y cuando se leía el *Pere Duchesne* la gente decía halagada en la más íntima de sus satisfacciones: «¡Qué fuerte sale hoy el *Pere*!»

El alcalde Pache era popular por su representación, por su aparente honestidad, por su calma severa.

Chaumette también gozaba representación no se por qué de buen hombre, por sus cabellos blancos, perfectamente peinados, por sus trivialidades y sus apotegmas. Sus textos ordinarios, su guerra al juego y á las liviandades, las exhortaciones para ser buen esposo, buen padre, todo esto se recibía con mucha complacencia. No salía de la Comuna más que para rezar en las Filles-Dieu. Vivía en aquella grande sala de Saint-Jean, en medio de una muchedumbre cálida que se renovaba sin cesar, dulce, intachable, cariñoso. Si la sesión se prolongaba mucho la concurrencia tenía el goce de ver que Anaxágoras sacaba de su bolsillo un pedazo de pan y lo comía sobriamente.

Entramos en un tiempo tan sombrío del 94, que apenas si deja lugar á creer que en el 93 estallara la luz.

Una página de Desmoulins ó Clootz, un capricho de Marat, hacían temblar.

¡Ah, pero todo esto eran fuerzas discordantes, pero fuerzas al cabo!

Hemos caracterizado á Chaumette. Era bajito, de simpático aspecto, con ojos negros y muy vivos. Hijo de un cordelero de Nevers, mozo á los trece años, soldado un momento, pilotín luego, intentó después hacerse el piloto de la opinión del París y vino á la capital. Titulábase entonces estudiante en medicina bajo la excelente dirección de Loustlot; su nivel científico estaba á la altura de la mayoría. La desordenada marcha de su carrera dióle grande conocimiento de la vida, dulcificando su carácter, condición de que carecía siempre Hebert. Un hecho les distingue. Lejos de querer como Hebert que se exterminara la Vendée, Chaumette quería que se enviara una misión de predicadores revolucionarios.

El pueblo creía instintivamente que Chaumette era un hombre honrado y no dejaba de escucharle. Su figura penetró en el pensamiento de la clase popular.

Hemos visto que Chaumette, abatido después de la traición de Hebert, fué expulsado de la Comuna para equilibrar con este golpe á la izquierda el que se había dado á la derecha. Hasta el fin no pudo creer que se le asociara á Hebert ni pudo imaginar que se le hiciera cómplice de Desmoulins y de Danton. Chaumette murió sin salir de su asombro.

Este asunto es de los primeros que llevan el nombre de *las grandes hornadas* y el primero también de las famosas *conspiraciones de cárceles*, ficciones homicidas que el Terror agonizante inventa, multiplica, en su horrible último mes para mantener la voracidad de la guillotina que poco á poco iba tragándose á sus autores.

Allí nació la nueva raza de los espías que ganaban la voluntad de los presos y se enteraban de todo. El espía La Flotte que por su delación en el Luxemburgo proporcionó pretexto para matar á Danton, instruyó en el oficio á Beniot y Beausire.

Los acusados no se conocían. Apenas si se habían visto. Lo que les aproximaba era miedo común á un Septiembre.

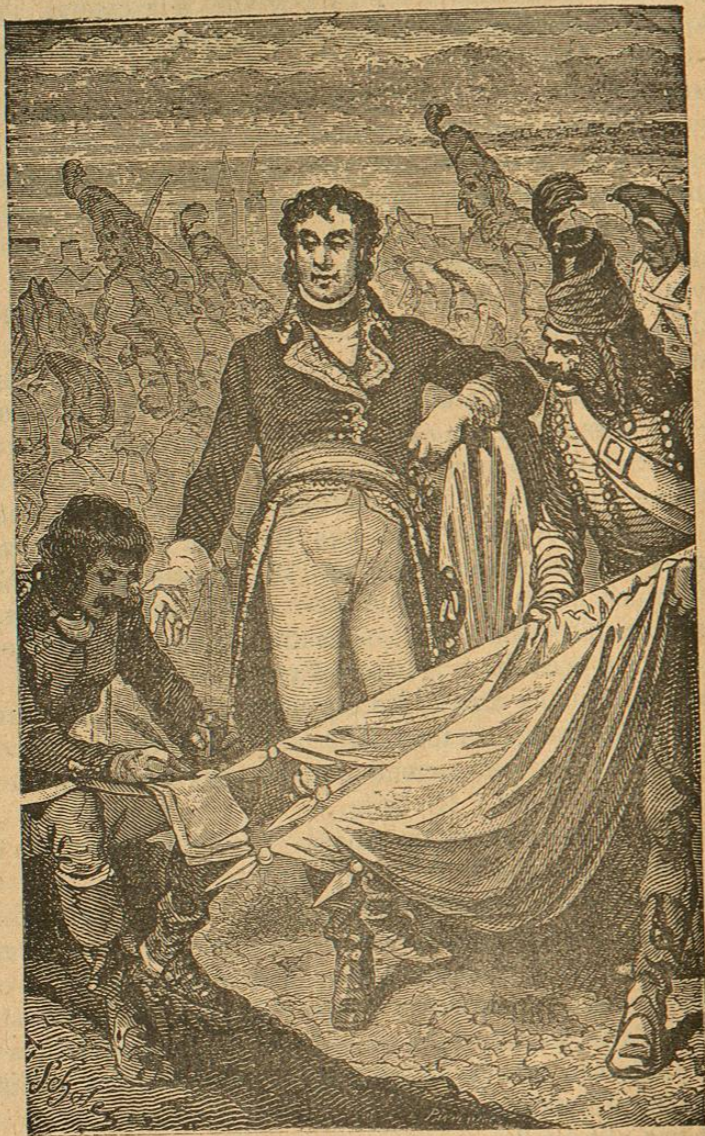
Chaumette vió por primera vez al general de los girondinos de Nantes, bebiendo y escribiendo canciones. La joven Lucila Desmoulins encontró á la intrigante madama Hebert, exreligiosa que había comerciado con agiotistas. El dantonista Simón, Graumont el hebertista, Gobel, obispo de París, todos juntos sin saber por qué. El realista Dillon se encontró junto con uno de los grandes ejecutores de los realistas de Lion, el comisario Lafallus.

¿Qué hacía allí éste?

No figuraba entonces de presidente del tribunal el pérfido Herman. Eralo ahora Dumas, furioso robespierrista que juzgaba teniendo sus pistolas sobre la mesa. Insultaba á los acusados, despreciando y ultrajando de tal forma la justicia que á un jurado, á Renaudin, hízole pasar á la categoría de testigo, y después de testimoniar se sentó nuevamente en el banco de los jurados.

El solo acusado que mostró gran valor fué Lucila Desmoulins.

No era una mujer política, una Corday, una Roland, era sencillamente una mujer que parecía una niña. ¿Qué delito había cometido?



MASSENA

Querer salvar á su amante, á su marido, el buen Camilo, abogado del género humano. Murió por su virtud aquella valerosa y seductora mujer, por cumplir el más santo de sus deberes.

Su madre, la bella señora Duplessis, espantada ante lo que jamás pudo suponer, escribió á Robespierre, quien ni siquiera contestó.

Todo el mundo execró esta prudencia. Se sublevó el sentimiento humano. Los hombres sufrieron al observar estos actos y salió una voz del corazón de todos los partidos: «¡Esto es ya demasiado!»

Se excitó en los hombres el sentimiento de la guerra, la sensibilidad salvaje que marcha independientemente de las ideas y de los principios y que para vengar la sangre hace que se derrame á ríos, que mataría naciones para vengar á hombres.



La prisión de los condenados.

Sin pruebas ni testigos todos fueron condenados por haber querido ahogar la voz de la Convención, restablecer la monarquía, usurpar su soberanía etc., etc. El pueblo, por acostumbrado que estuviese, se asombraba de ver mezclados sobre la patibularia carreta aquellos seres procedentes de todos los partidos.

El obispo de París resultaba un gran ejemplo para que los curas no se hicieran revolucionarios. Se les avisó que serían muertos por la República si se hacían republicanos.

Si Dumas, si Fouquier-Tinville hubieran poseído más talento hubieran evitado al proceso todas las apariencias religiosas. Lejos de esto, serviles aduladores de Robespierre y del nuevo movimiento indicado el 6 por Couthon, emplearon el lenguaje en moda. Hablaron de las divindades, del ateísmo, del Ser Supremo, etc.

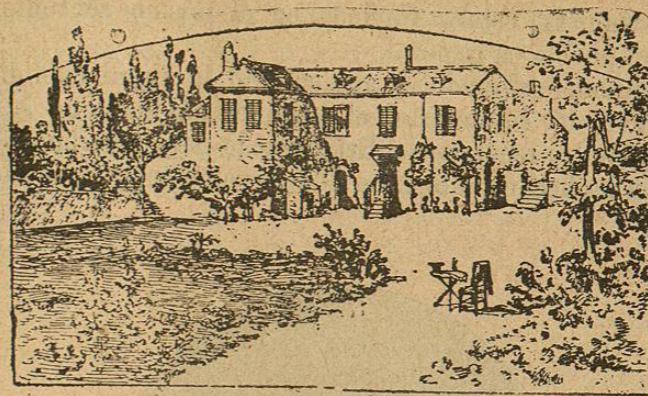
Reprocharon la abjuración de Gobel, á Lapallus de haber despoja-

do las iglesias de Lion, á Chaumette de haber cerrado las de París y unirse con Cloutz «para negar toda idea de la Divinidad.»

El presidente lanzó ridículas acusaciones contra Chaumette. Dijo que si cerraba las iglesias y encarcelaba á las prostitutas era para que los libertinos desesperados ultrajasen á las mujeres honradas.

Chaumette por fin mostróse como era: un pobre escritor que temiéndolo ser supliciado llegó á decir que no había tenido gran roce con Anacarsis. Creyó que desligándose de la amistad del gran heresiarca obtendría la gracia de Robespierre.

El heroico en el fondo, el mártir impío más que Chaumette y Cloutz, era París mismo, donde residía el genio libre de la tierra, que tuvo su precursor en la Comuna.



CAPITULO II

Cambon.—La banda negra

Odio de Robespierre y Saint-Just á Cambon.—Acusaciones contra él.—La burguesía entra en los negocios.—Los comités de vigilancia ya no vigilan.—Los contrarrevolucionarios dueños de los comités de los pueblos.—Jourdan y Rovere.—La banda negra.

Puede decirse que Robespierre sufría con grande molestia la reputación de Carnot y de Cambon, aunque los aprovechó para sus fines.

Carnot por la supresión del ministerio de la Guerra asumía toda la responsabilidad, y en caso de reveses él solo hubiera tenido que responder.

Robespierre acordó no poner su firma á ningún documento relativo á la guerra mientras que á cada instante sus actos, los de Saint-Just y Couthon, recibían de Carnot la firma, la sanción que entre compañeros es irrecusable.

Por este estado de reservas Robespierre quería continuar siendo acusador.

En cuanto á Cambon era el hombre más aborrecido de Saint-Just y Robespierre, más que Danton, más que Vergniaud. Estos dos eran dos individualidades y Cambon era todo un sistema y lo odiaron profundamente por su sistema y por sus ideas.

El primer discurso de Saint-Just se dirigió contra Cambon. El último discurso de Robespierre fué contra él mismo.

El inteligente y pérfido Batz, hábil agente realista, había adivinado la sola probabilidad por la cual podía ponerse en comunicación con Robespierre: proponerle planes financieros capaces de competir con los de Cambon ó por lo menos de desesperarlo.

La antipatía de los dos grandes utopistas de la Revolución contra